

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.— Un número suelto un real.



Cuatro chinos depositaron sobre el sepulcro dos lechones asados. (Pág. 238, col. 1).

SUMARIO.

VIAJES: UNA EXCURSION Á CHINA, por M. Pablo Raymond.
EL PAJE FLOR-DE-MAYO, por M. Ponsou du Terrail.
EL SABOYANO Y SU PROTECTORA, por M. A. de LaVoipierre.
LA CIENCIA PARA TODOS.

VIAJES.

Una excursion á China,

POR M. PABLO RAYMOND.

I.

Viéndome en 1849 sin colocacion y con escasas probabilidades de hallar otra, me acordé de cierto tío mio que dos años antes habia partido á California, y tenia tienda de quincalla en San Francisco. Sus negocios prosperaban, y necesitando un dependiente probo, circunstancia bastante rara en aquel país de aventureros, me habia propuesto varias veces que fuera á establecerme á su lado. No me halagaba mucho que digamos la idea de expatriarme, pero dije para mis adentros que era forzoso decidirme, pues el oficio de pasear las aceras de París no es de los mas ventajosos ni

honrosos, y que seria un necio si no utilizaba el vigor de mi juventud en busca de una modesta fortuna. Dejé madurar sin embargo algunos dias mi proyecto, y el resultado de mis reflexiones fué el reunir los escasos recursos que me quedaban para pagar mi pasaje hasta San Francisco, á donde llegué con dos ó tres francos en el bolsillo.

Mi tío me recibió con la mas sincera alegría: casualmente acababa de despedir á su dependiente, accidente que se repetia ya por cuarta vez desde el principio del año. Esta circunstancia, unida al recuerdo de mi madre de quien era hermano, y á la cual me parecia mucho, me granjeó el excelente recibimiento de que acabo de hablar. El dia siguiente me instalé detrás del mostrador de la tienda de mi tío, y me puse á vender quincalla como si no hubiese hecho otra cosa en toda mi vida. Tenia mesa, habitacion, ropa blanca y cincuenta pesos mensuales.

Siempre he tenido fama de muchacho de buen genio, y mi tío era la personificacion de la bondad, de modo que viviamos en la mas perfecta armonia. Las diversiones en San Francisco se reducian al juego, y como siempre lo he mirado con antipatia, después de trabajar con conciencia toda la semana, mi principal distraccion los domingos, consistia en irme al barrio de los chinos y estudiar á mis anchas unos hombres tan diferentes de nosotros por su fisonomia, trajes y costumbres. La emigra-

cion china se componia ya en aquella época de varios miles de individuos que formaban una ciudad aparte en San Francisco. Los que sabian algunas palabras de inglés se ajustaban de criados, y como yo lo sabia bastante bien, induje á mi tío á que tomase un chino para mozo de almacen. Consintió; hicimos trato con uno de aquellos extranjeros, que se llamaba Tchín, y nos sirvió á las mil maravillas mientras estuvo en casa.

Los chinos son muy poco aptos para aprender idiomas, y sin embargo Tchín llegó á retener en la memoria en pocos meses algunas palabras francesas que bastaban para las relaciones indispensables entre él y mi tío. Yo me propuse convertir á Tchín en una especie de maestro de chino y hacia que me designase cada cosa por su nombre. Recordaba las palabras que podia, y como tengo una memoria feliz, era para mi cosa muy fácil. El chino usual se aprende muy pronto, y únicamente la escritura es la que presenta obstáculos, de modo que dejaba asombrado á Tchín cuando le ensartaba uno tras otro mis discursos en su lengua materna.

Desde niño he tenido deseo de ver la China. Los primeros chinos que vi eran los que estaban pintados en una mampara del cuarto de mi abuela, y ellos bastaron para inspirarme una vivísima simpatia y el afán de visitar su patria. No es muy fácil decidirse bruscamente á salir de París para ir á la China, pero ya que

había llegado hasta California ¿qué me costaba visitar á Canton? Mis progresos de día en día mas notables en la lengua de los mandarines corroboraban además mi idea. Mi tío se opuso á mi proyecto mostrándome en perspectiva la sucesion de sus negocios y una fortuna segura al cabo de algunos años, y llegó á aplazar mi plan, pero no á convencerme.

Un domingo supe por Tchín que iba á verificarse en el cementerio chino una gran ceremonia en honra de uno de sus compatriotas que acababa de morir en olor de santidad. Dirigíme á la hora indicada al cementerio donde estaban reunidos todos los chinos de San Francisco; los sacerdotes con luengas vestiduras y en pié y en rededor de un sepulcro gesticulaban y pronunciaban palabras extrañas; cuatro chinos se adelantaron y depositaron sobre el sepulcro dos lechones asados y una gran cantidad de platos diferentes; despues de esta ceremonia todos se retiraron al extremo opuesto del cementerio y se pusieron devotamente en oracion. Cerca de un cuarto de hora despues, la multitud se acercó á la sepultura siguiendo á los sacerdotes, se llevaron los platos, y los chinos regresaron á sus casas.

Tchín no volvió hasta la noche trayendo alguna cosa cuidadosamente envuelta en un pedazo de papel. Le pregunté qué era, y me respondió enseñándome una cola de cerdo:

—Solo he podido conseguir la cola que me comeré ahora mismo y me atraerá la ventura.

Supe mas adelante que los manjares depositados en un sepulcro, para que la sombra del difunto vaya á probarlos si lo cree conveniente, se venden en seguida en pequeñas porciones y á elevado precio en beneficio de los sacerdotes. Los chinos están convencidos de que estos manjares ejercen una felicísima influencia sobre los que los comen.

No sé porque esta ceremonia reanimó mis antiguas simpatías chinescas del modo mas violento. Tenia una especie de nostalgia china y queria ver el Imperio Celeste á toda costa. Mi tío llegó á conocer que sus observaciones serian inútiles y consintió en mi partida.

Casualmente habia entonces en el puerto de San Francisco un buque que iba á hacerse á la vela para China; habia llegado de Canton con un cargamento de ataúdes para uso de los chinos que dedican sus primeras economías á la compra de este mueble indispensable, y terminada la venta de su mercancía, se preparaba á partir de un momento á otro. Mi tío tuvo la bondad de hacerme una pacotilla compuesta de objetos de quincalla y de pagar mi pasaje, y despues de despedirme dándome estrechos abrazos, me repitió una y mil veces que si la suerte no me era favorable en China, volviera á San Francisco donde me recibiria con sumo gusto. Yo le abracé llorando, y puse el pié en el bote que habia de trasladarme á bordo del *Conneticut*, excelente velero de cuatrocientas toneladas, que solo esperaba á los pasajeros para zarpar áncoras y aprovecharse de una brisa fresca que empezaba á soplar.

Los pasajeros no eran mas que dos: M. John Stipple, inglés de nacion, comerciante y uno de los principales exportadores de té de la China, y el autor de este relato. M. John Stipple habia venido á San Francisco con objeto de averiguar el paradero de uno de sus empleados que se habia refugiado en California despues de haberle robado una cantidad considerable. «No me he incomodado ni he abandonado mis negocios por esta cantidad», decia M. Stipple, sino porque todo hombre honrado tiene el deber de no dejar impune una mala accion. Si hubiera dado con mi hombre, no hubiera tenido el menor escrúpulo en entregarlo inmediatamente á los tribunales, pero el miserable habrá dado fin á su dinero en algun negocio de minas.»

Salimos de San Francisco en un hermoso día del mes de mayo de 1851. El *Conneticut*, como fino velero, perdió pronto de vista la tierra, y bogábamos en las soledades del Océano. El arriesgado paso que acababa de dar me tenia abismado en profundas reflexiones, y el caso no era para menos; solo, sin protector, á siete ú ocho mil leguas de mi patria, iba á probar fortuna en un país desconocido, sin mas apoyo que mi juventud, mi valor, mi buena vo-

luntad y la casualidad. Estaba sentado en la popa dando rienda suelta á mis pensamientos, cuando sentí sobre mi hombro el peso de una mano, y al volverme, ví á mi compañero de viaje que me dijo sonriendo:

—¿En qué pensais? Ya estamos camino de China; hermoso país, amigo mio!

—¿Habeis vivido en él mucho tiempo?

—Lo conozco como á mi misma patria.

—Tendreis muchos chinos en vuestra factoría de Canton.

—Y yo tambien soy chino.

Y al decir estas palabras, M. John Stipple se quitó la gorra, y ví su cabeza enteramente afeitada á excepcion de la coronilla de donde nacia una cola reunida provisionalmente en una especie de moño de forma piramidal.

—Voy á China una vez al menos todos los años y veis la prueba en mi cabeza, añadió, porque nadie es mejor servido que por si mismo. De modo que desde dos años á esta parte he resuelto ir en persona á hacer mis compras al país del té, y evitar el fraude chinesco que es el peor de todos los fraudes.

—¿Y si os conocieran á pesar de vuestro disfraz?

—Quizás me conocen, pero como nadie tiene interés en hacerme traicion, me dejan ir y venir tranquilamente, porque pago sin regatear, y este es un medio de granjearse amigos en todos los países y sobre todo en China. Doy á ganar dinero á todo el mundo y nadie me quiere mal. Diez años ha que dura mi negocio, y exceptuando á Canton, que no piso sin tomar algunas precauciones, viajo por el resto del país con tanta libertad como si estuviera en el país de Gales, mi querida patria.

—¿Aun antes de la rebelion?

—Ya os he dicho que viajo por la China hace diez años, y solo hace cinco que se ha declarado la rebelion. Pero veo que estais imbuido en los errores que difunden los periódicos acerca de la rebelion que pone actualmente á sangre y fuego la China, y es preciso que rectifique vuestras opiniones. Sabed que los rebeldes, en vez de favorecer á los extranjeros, les son por el contrario excesivamente hostiles. En un corto viaje que hice á Paris despues de la revolucion de julio, oí hablar mucho de la *Jóven Francia*. Pues bien, los rebeldes forman la *Vieja China*, que es el nombre que daría un legitimista. Este partido pide la conservacion de los antiguos usos, reglamentos y modas, y trata de derrocar la dinastía actual, tártara de origen, y que representa por consiguiente la conquista extranjera. Esta dinastía, que debe toda su fuerza á su prestigio militar, perdió gran parte de su influencia despues de las derrotas sufridas en la guerra contra nosotros. «¿Cómo es que bastan algunos bárbaros, decian los de la Vieja China, para poner en vergonzosa fuga á los altivos conquistadores tártaros? Corramos tambien á las armas y arrojémosles á los desiertos helados del Tibet y del Mantchoria.»

Durante la guerra dieron á los chinos armas de fuego cuyo uso les está severamente prohibido en tiempos normales, y como una gran parte de la poblacion estaba armada, cobraron grande audacia las numerosas sociedades que cubren el país, y especialmente las dos mas importantes que son la *Triada* y el *Nenufar Blanco*. Sus afiliados salieron al campo arastrando en pos del grueso del ejército insurgente las cuadrillas de bandidos que son tan numerosas en China como las sociedades secretas.

Hallábase en el mayor apuro el primogénito de la Luz, Taou-Kouang, abrumado por la edad y las dolencias y obligado á pagar á Inglaterra una indemnizacion de 20 millones de dollars; agravaban aun mas su posicion las inundaciones, las pedriscos y las epidemias, haciendo sumamente difícil la recaudacion del impuesto imperial que es la única renta del gobierno, y para atraer el dinero á sus arcas, el celeste emperador concibió la idea de vender los títulos de nobleza y los cargos del Estado. Esto se hacia en otro tiempo en Europa sin que nadie se quejase, pero en China suscitó una general indignacion. ¿Vender el derecho de llevar una banda encarnada, conceder á precio de oro el título de bachiller, cambiar unas costumbres cuyo origen se remontaba al siglo

de Confucio! ¡oh! era el colmo de la abominacion. Los de la Vieja China estaban furiosos; el Nenufar Blanco y la Triada ponian el grito en el cielo; los bandidos y los piratas saqueaban y asesinaban en nombre de los principios conservadores, y la dinastía tártara estaba por todas partes amenazada, cuando plugo á Dios llamar á la otra vida al venerable Taou-Kouang. Le sucedió su hijo Hien-Foung que apenas tenia veinte y dos años.

Se creyó que la muerte del anciano emperador apaciguaria á los rebeldes, pero sucedió todo lo contrario. Hallábase el nuevo emperador presidiendo el consejo de ministros, cuando uno de los miembros de la asamblea exclamó al entrar en el salon, que todo estaba perdido, y que al atravesar las calles para llegar al palacio sus piés habian hollado millares de colas cortadas.

Conviene que sepais que el apéndice cabelludo que baja desde las testas chinescas hasta los talones es para ellos la señal humillante de la derrota, y que los conquistadores tártaros les impusieron tan ridiculo peinado; de modo que entre los chinos el cortarse la cola equivale á romper con la sociedad y declararse en abierta rebelion contra el gobierno. El jefe de los rebeldes Tien-Ti (virtud celeste) anuncia en uno de sus primeros manifiestos que á la restauracion de la dinastía legítima de los Ming debe seguir el desuso de la túnica tártara ó *chang*, reemplazándola con el vestido abierto que se llevaba antes de la invasion de los «bárbaros del árido desierto, que al cambiar los reglamentos de Yao y de Chun sobre el peinado, dieron á los seres humanos la apariencia de animales privados de razon.»

Los periódicos de Inglaterra y Francia dan grande importancia á esta rebelion, pero no opino como ellos. Han tratado de representar á los rebeldes como discipulos de vuestra religion, y es un error; los de la Vieja China defienden sus antiguas creencias lo mismo que sus antiguas leyes; el bouddhismo tiene muchos puntos de contacto con el cristianismo, y esta coincidencia ha originado tan errada opinion. No creais en el cristianismo del Nenufar Blanco, ni en el de aquellos bandidos que inauguraron la insurreccion con los Miao-Tzés, feroces montañeses del Kouang Si, que han conservado con todo su fervor el antiguo culto del país y las tradiciones de los aborígenes. Los Miao-Tzés no han sido sojuzgados nunca por los tártaros, contra los cuales conservan un odio feroz; vestidos con el antiguo traje nacional y la cabellera cortada segun los ritos, se les ha visto bajar en todas épocas á las llanuras, entregarlas al saqueo y volver á sus montes cargados con el botín. Inspiran tal terror estos montañeses, que se cree que cada Miao-Tzé lleva una cola de jabalí y tiene hocico de lobo.

Los bandidos unidos á los Miao-Tzés han dado á la insurreccion una fuerza militar capaz de derrotar en varios encuentros al ejército imperial, y este ha sido el origen de la creencia de que la rebelion triunfaba. Es un completo error; las ciudades y las provincias caen en su poder; la cobardía de los funcionarios, la indiferencia de los pueblos y la fuga de las milicias les dejan libre el paso; pero como nada sustituyen al antiguo estado de cosas ni establecen en parte alguna autoridad permanente, los rebeldes salen de las provincias como entraron, los funcionarios vuelven á ocupar su puesto y la marcha de la rebelion no deja mas huella que la fugaz estela de un buque que surca los mares.

Las palabras de M. Stipple contrariaban sobremanera la idea que me habia formado de la rebelion china, pero posteriormente he visto que eran sobrado fundadas.

—La China, continuó mi compañero, es tal vez el país sobre el cual se han escrito mas cosas falsas. Cuando salimos del colegio sabemos que los persas en la época de su apogeo político buscaban con afan la alianza de la China, y que Berteces, el fundador de la monarquía militar de los turcos que habia de destruir el imperio de Oriente, pidió la mano de la hija del emperador de los chinos cuyas armas victoriosas iban á comunicar á los hunos el irresistible impulso que los lanzó sobre el mundo. Nos enseñaron tambien que en la

época en que Heliogábalo pagaba á peso de oro una túnica de seda, vestían ya trajes de seda los campesinos chinos; que mientras cubrían la Europa las tinieblas de la edad media gobernaba á la China una corporación de letrados, y que en los siglos en que los sabios de Grecia se encogían de hombros cuando los navegantes que se hacían á la vela para el oeste contaban que habían visto el sol á su derecha, los astrónomos chinos observaban los movimientos de los astros y fijaban el período anual teniendo en cuenta la precesión de los equinoccios. La China poseía una organización municipal y un sistema completo de canalización mucho antes de la ley de las Doce Tablas y la construcción de los primeros acueductos de Roma por Appio; ninguna nación tenía un comercio tan extenso, y los chinos eran los proveedores, no solo de todo Oriente sino hasta del imperio romano. En todo esto estamos acordes, porque es antiguo; pero ¿cuántas contradicciones y cuánto absurdo se han dicho sobre la China moderna!

La conversacion de mi compañero era muy instructiva y amena, y como conocía tan á fondo la China, un día llevé la conversacion al comercio del opio, y le pregunté si era cierto cuanto se había dicho acerca de este asunto.

—Sobrado cierto es, me respondió; yo mismo me dediqué á ese comercio durante algun tiempo y me retiré por escrúpulo de conciencia. Los ingleses somos especialmente conocidos en la China por el opio, y como se sabe que hacemos la guerra para vender esta droga perniciosa, somos muy poco populares entre los chinos. Figúraos cuán funestos serán los efectos del opio al saber que los fumadores de opio, despues de sacrificar su fortuna á esta pasión, para proporcionarse nuevos medios de goce,—porque para ellos la vida no es nada sin el opio,—no tienen escrúpulo en vender sus hijos como esclavos y sus hijas como otra cosa peor, y lo que tal vez parecerá increíble, en venderse á sí propios para sustituir á los criminales condenados á los mas duros castigos, y algunas veces hasta á la muerte. Algunos guarismos os darán una idea de la extension del mal.

El fumador mas obcecado y embrutecido por el opio consume doce pipas diarias, es decir una *mace*.

Un *tael* se compone de diez *maces*; los ingleses importamos anualmente á la China cuarenta mil cajas de opio representando ciento veinte mil *taeles* ó un millon doscientos mil *maces*, á lo cual es preciso añadir cerca de treinta y cinco millones de *taeles* que se sacan de ciertas provincias de China.

El opio está prohibido de un modo absoluto, y esto ha dado origen á un comercio de contrabando en extremo floreciente y en el cual toman parte los empleados encargados de reprimirlo. El opio ha contribuido al mayor incremento á la venalidad de los funcionarios chinos que ha sido siempre; desde el jefe hasta el mas infimo, todos tienen su tarifa, de modo que el contrabando del opio no lo es ya hablando. Los defraudadores con la connivencia de la autoridad, algunos se abonan años, y es muy frecuente ver en el puerto cargados de opio á los mandarines.

El gobierno, deseoso de destruir este veneno, ha tratado de destruir los juncos con que se fabrica el opio; ¿hicieron entonces? Fue una escuadra armada y destruyó los juncos. La escuadra que destruyó los juncos verdaderamente destruyó el comercio del opio, navegando con una tripulación de marineros sin ninguna escrúpulo, y que forman fácilmente un sistema de contrabando.

Esta mañana, viendo á los marineros comer para el almuerzo una ensalada de patatas cuyo perfume recreaba agradablemente mi olfato, dije á M. John Stipple:

—Mucho os habrá costado acostumbraros á la cocina china; ¿qué haceis cuando os sirven una ensalada con aceite de ricino?

John Stipple se rió de mi pregunta. —Sabed, amigo mio, me respondió, que de todas las falsedades que se han propalado sobre la China, la mas enorme es la que se refiere á sus guisados. Si algun chino ha hecho comer á un europeo un manjar cualquiera condimentado con aceite de ricino, está persuadido de que miente el segundo ó de que el primero ha tratado de burlarse de su convidado.

Los chinos beben caliente en las comidas, y nosotros frio; se sirven de dos palillos para llevarse á la boca los bocados, y nosotros empleamos un instrumento de metal, llamado tenedor; ellos comen la carne sin hueso, nosotros la preferimos con él; ellos se enjugan los dedos con pedacitos de papel que les hace las veces de servilleta, empiezan por los postres y acaban por la sopa. ¿Qué hay en esto de extraordinario? Si ellos comen guisados de ciertos gusanos, nosotros comemos caracoles que son los gusanos mas asquerosos que conozco. Se dice que los chinos son muy aficionados á la carne de ratón; pero ¿qué diriais de un viajero que presenciando los preparativos culinarios de los figones de las carcerías de París apuntase en su libro de memoria: «Los parisienses prefieren la carne de gato á la de liebre?»

Cada pueblo tiene su cocina peculiar, pero puedo asegurar que durante mis viajes por la China nunca me han presentado ensalada con aceite de ricino, ni tampoco aletas de tiburón ni ojos de papagayo, sino excelentes aves, vaca, carnero, caza y legumbres como en Europa. Me he acostumbrado á beber caliente, y no es cosa tan repugnante, pero esto no me impide que beba frio cuando estoy en mi casa. Nada hay tan variable como los usos, trajes y gustos de los hombres, y esto es tan peculiar como admirarse de la diversidad de las narices.

Mientras John Stipple me hablaba, me acordé de un axioma de la mas alta sabiduría que he oido decir á esos pequeños filósofos que se creen capaces de prever, y que se creen capaces de descubrir á un hombre de mi especie, y me acordé de mi propia experiencia.

llidos colchones y las sábanas de rica holandanda... Pero ¿cómo es posible dormir la primera noche que se pasa en China?

Me desperté el día siguiente muy temprano, abrí la ventana, y la primera mirada que dirigí á aquella tierra de maravillas me abismó en un agradable éxtasis. La brisa agitaba los pabellones de las cuatro factorías inglesa, francesa, holandesa y americana; extendíase á mis piés el Tigre, siete ú ocho veces mas ancho que el Sena entre el Louvre y el Instituto; millares de barcas inundaban el rio por cuya corriente subía gravemente impelido por sus velas de bambú un enorme junco que llegaba del archipiélago indio, y entre los buques europeos circulaba una multitud de pequeñas embarcaciones cargadas de toda clase de comestibles y cuya tripulación se compone por lo general de mujeres. Asombra el ver la musculatura que desenvuelve la vida marítima en las marineras; la voz de una de aquellas damas llegaba hasta mis oídos repitiendo todo el vocabulario de injurias de mis buenos chinos de San Francisco. Aquellas injurias se dirigían á un bote tripulado por marineros franceses que, despues de haber llamado á una de las mujeres, se divertían en empujarla con sus remos en medio de estrepitosas carcajadas.

(Se continuará.)

EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. PONSON DU TERRAIL.

(Continuacion.)

XI.

EN DONDE SE VUELVE A
FLOR-DE-MAYO LLEGA
LOS MISTERIOSOS PESAJES

Flor-de-Mayo
condo

—Entonces, esperad, exclamó el anciano, cuyo rostro reflejó un rayo de alegría.

Y con la carta en la mano, corrió al fondo del jardín, en donde Coronilla estaba sentada triste y pensativa, soñando tal vez en su querido Flor-de-Mayo y en aquel pasado misterioso y sombrío que había devorado el sosiego de su porvenir sepultándola viva.

La joven abrió la carta temblando, reconoció la letra de Flor-de-Mayo y lanzó un grito de alegría. Era la primera vez que recibía noticias suyas después de su partida.

—¿Quién ha traído esta carta? preguntó.

—Un caballero que está aguardando.

—Vé á buscarle y condúcele aquí, dijo con creciente emoción.

Y mientras que el viejo Antonio corria á ejecutar la orden de su ama, esta leyó con avidez la carta de Flor-de-Mayo.

Pero de repente palideció, la carta se escapó de sus manos, y él desva-



Dos veces al día, mañana y tarde, un carcelero le traía la comida. (Pág. 261, col. 2).

jóven y encantadora mujer á quien amaba y de la que conservaba el mas dulce y halagüeño de los recuerdos. Vistióse pues apresuradamente y bajó al jardín, queriendo pedir á la soledad esa ilusión misteriosa y agradable sin la cual los enamorados no podrían pasarse.

Y metiéndose por aquellas alamedas verdes y sombrías en donde las aves despertábanse cantando, edificó mil castillos en el aire sobre su charretera, la cual sirvió de primer eslabon á su amor.

Durante los doce dias de vida comun con el vizconde, había guardado prudentemente el secreto de su corazón, callándole su amor; pero ahora contaba con él, con su amistad... y formaba ya un proyecto de seducción con respecto á M. de Mailly, de quien queria hacerse un confidente y un auxiliar, cuando llegó á la puerta del pabellon que ya conocemos y que el vizconde dejara bruscamente la vispera de su partida, cuando le anunciaron la visita nocturna de su amigo.

Recordó la tristeza y las desiguales y misteriosas costumbres de M. de Mailly;

y el mismo impulso de curiosidad que le impelió una tarde á examinar á través de las persianas el interior del pabellon, indújole ahora á echar una mirada escudriñadora por la entreabierta ventana.

El mismo orden reinaba en todo; únicamente el retrato de mujer, que Flor-de-Mayo había visto, no estaba ya cubierto con el velo negro.

El velo yacia en el suelo, ya sea porque el vizconde se olvidára de colocarlo de nuevo, ó que hubiese caído por cualquier accidente.

Los ojos de Flor-de-Mayo se fijaron con viva curiosidad en el retrato, pero de repente lanzó un grito y retrocedió herido de estupor.

Había reconocido aquella testa de mujer que un rayo del naciente dia penetrando á través de las celosías iluminaba de lleno. Era el retrato de su hermana, la imagen misma de Coronilla.

En semejante vista, verificóse una extraña conmoción en el cerebro de Flor-de-Mayo; cayó un tupido velo, y con la rapidez del relámpago comprendió mil circunstancias, mil vicisitudes ocultas y profundas hasta entonces desconocidas.

Comprendió á la vez porqué el vizconde estaba estremecido al oír hablar de Coronilla, porqué estaba triste y abatido, porqué se cubría con una sábana, como decia él, y porqué se iba á la cama por quien había vestido luto por una ausencia de doce dias, porqué estaba tan triste como la noche.

Recordó, su amigo, el hermano de su hermana, quien amaba locamente, y recordó, el hombre que se enfrentaba los últimos dias de su vida.

Recordó su frente con el imperio de su mirada, y recordó con su crispación...

monio! murmuró

te á su

y

prisa para apoderarse de los papeles que hay en el castillo de Vaux. Si llegara á saberse la prision del abate, serian quemados, y todo lo que tenemos aquí no compromete mas que á las autoridades al superintendente.

—¿Qué razón, dijo el rey.

—Una campanilla llamó á un

oficial de guardias.

—El carcelero entró salu-

—¿Qué á poneros

los con-

del

So-

do

—¿Sois vos el señor de Chastenay?

—Sí, contestó sin procurar darse cuenta de esta inesperada visita ni de esta brusca pregunta.

—Entonces, prosiguió el oficial, servios entregarme vuestra espada.

—Mi espada!

—En nombre del rey!

Flor-de-Mayo miró al guardia como alelado:

—¿Qué queréis hacer de mi espada?

—Voto á tal! si os la pido es porque he recibido orden de hacerlo. Caballero, os arresto en nombre del rey.

—¿Me arrestáis?

—Tomad, dijo el oficial, ved si la orden lleva vuestro nombre. Seguidme pues, caballero; en la puerta del palacio nos espera un carruaje en el que os conduciré á la Bastilla.

Flor-de-Mayo contemplaba la orden con mirada estúpida; la razon le abandonaba. Por lo demás, no se preguntó porqué se le prendía. Su espíritu estaba demasiado ofuscado y creía continuar un sueño extraño.

El oficial le cogió del brazo, y el jóven le siguió sin resistencia; abrieron la portezuela del coche y subió...

El carruaje partió á escape tomando el camino de la Bastilla.

El trayecto era corto. Flor-de-Mayo no habia aclarado aun el caos de sus ideas, cuando el coche rodó bajo las negras y sonoras bóvedas de aquel sombrío edificio que raras veces devolvía los prisioneros que habia recibido. Iba tal vez Flor-de-Mayo á concluir allí sus días?

SEGUNDA PARTE.

I.

COMO SE VIVIA EN LA BASTILLA.

Quince días habian transcurrido desde que Flor-de-Mayo entrara en la Bastilla, cuyas macizas puertas se cerraron tras él; quince días sin que el mas leve rumor, sin que ninguna noticia de afuera, de París, de la corte, de Amapola ni de Coronilla le hubiese llegado.

El pobre jóven creyó volverse loco.

Durante los tres primeros días sonrióle la esperanza; tenia fe en su inocencia, en M. Colbert, en el oficial que le habia arrestado, y que le dijo era victima de un engaño y de la astucia infernal de del Vernais; pero pasaron tres días, y otros tres... y nada habia visto, ni tenia indicio alguno de que se trabajase para libertarle.

Habiasele inscrito en el número 83, y colocado en un cuarto, sirviéndole una comida regular; dos veces durante el día, esto es, al medio día y por la noche podia pasearse por la plataforma entre dos soldados...

Y al día siguiente volvia á empezar. Al cabo de ocho días, Flor-de-Mayo perdió toda esperanza, y preguntóse seriamente si su destino era concluir sus días en la Bastilla.

La influencia de la soledad es terrible para la juventud.

Este niño de diez y ocho años cuya adolescencia habia transcurrido tan plácida, cuya vida ó mejor sueño de veinte días le presentara el porvenir con los mas cambiantes y espléndidos colores, y que se habia visto, durante algunas horas, colocado entre la afecion santa de una hermana, el amor de una mujer, el sincero afecto de un amigo y la



El compañero de Amapola se quedó entonces un poco atrás. (Pág. 261, col. 3).

adhesion de un criado fiel, se encontró de repente excluido del mundo, abandonado de todos, olvidado del rey por quien arriesgara su vida, y colocado en la horrible situacion de renunciar, á la vez, al hombre á quien estrechára la mano, y á la mujer á quien amaba con todas las fuerzas de su alma.

M. de Mailly era el seductor de su hermana, y la canonesa hermana de aquel.

Flor-de-Mayo habia pedido varias veces la gracia de ver al gobernador de la Bastilla, con la esperanza de interesarle, de enternecerle, y solicitar los medios de justificarse.

Pero asediado sin cesar el gobernador por semejantes demandas, habia constantemente rehusado.

Cualquiera que hubiese visto al caballero de Chastenay, á ese hermoso y brillante jóven de orgullosa sonrisa y aire conquistador, dos días antes de su entrada en la Bastilla, y le volviera á ver quince dias despues de su cautiverio, apenas le hubiera reconocido. Estaba pálido, macilento y enflaquecido. Su mirada era triste y la sonrisa habia abandonado sus labios. Con el rostro siempre pegado á los espesos barrotes de su cuarto, contemplaba con melancolia un rayo de sol que brillaba en el vecino muro, y escuchaba, con el estremecimiento de la desesperacion y la amargura del pesar, los alegres gritos de los gorriones libres que entonaban un canto á la libertad, á esa libertad del espacio, del aire libre, de las brisas y del amor, que él habia perdido tan repentinamente.

Dos veces al día, mañana y tarde, traíale un carcelero la comida que el jóven probaba apenas, y que consistia en algunas viandas y un pan redondo de cerca una libra de peso. Un día, al partir este pan encontró resistencia y el cuchillo resbaló sobre un cuerpo duro.

Entonces cogió el pan y rompiéndolo con las manos saltó una nuez que rodó sobre el embaldosado.

Flor-de-Mayo se apoderó de ella con avidez y la contempló con curiosidad; apercibiéndose luego de que las dos partes de la cáscara, en vez de estar unidas naturalmente lo esta-

ban con cera, la rompió en seguida saltando un papel coquetamente doblado.

El corazon de Flor-de-Mayo latia con violencia al desdoblar el billete escrito con letra menudita, fina y clara. ¿De dónde venia este misterioso recuerdo?

Leyó lo siguiente:

«Los extremos se tocan. El infortunio es el hermano mayor de la dicha, y la cárcel mas lóbrega el peristilo del templo de la libertad. Dios es bueno para los que aman... Si amais todavía, se os salvará.»

El billete no llevaba firma; pero por las precipitadas pulsaciones de su corazon adivinó nuestro héroe la mano que lo habia trazado.

Una inmensa alegría inundó entonces la abatida alma del prisionero. Los ennegrecidos muros, los innumerables cerrojos de su calabozo desaparecieron por un momento, y por su estrecha ventana atestada de espesas barras de hierro entró un soplo de aire impregnado de esos perfumes tan penetrantes y dulces que hacen amar la vida cuando está dorada por el amor, el mas brillante y ardiente de los soles.

Despues desapareció esta alegría, y volvió la tristeza; pero volvió vehemente y aterrador, sombría y melancólica como un horizonte nebuloso...

Este amor del que se le enviaba un testimonio, ¿no se habia hecho imposible?

Coronilla, la mujer quebrantada y sepultada viva en el luto de su corazon, ¿no iría á decir á Flor-de-Mayo: «La mujer que amas es hermana del hombre que ha hollado tu honor y emponzoñado mi triste vida?»

El alma del prisionero quedó sumergida de nuevo en la mas completa oscuridad. Las tinieblas velaron ese hermoso rayo de sol que le apareciera como la aurora de la libertad.

Dos días transcurrieron aun. Al anochecer del segundo, á la hora en que los soldados iban á abrir el cuarto para conducir á Flor-de-Mayo á la plataforma, en donde podia pasear dos horas cada día, el jóven ahogó un grito de sorpresa...

Habia reconocido á Amapola en uno de los soldados.

Este llevó un dedo á sus labios para encarar el silencio, y luego dijo bruscamente:

—Son las ocho, señor 83; ¿queréis tomar el aire?

—Sea, respondió Flor-de-Mayo.

Y siguió á los dos soldados á la plataforma, en donde se paseaban ya muy pocos prisioneros, escoltados tambien por dos lansquenets ó dos suizos.

Ya con intencion, ya por casualidad, quedóse un poco atrás el compañero de Amapola, y el viejo sargento dijo rápidamente á Flor-de-Mayo:

—Se trabaja para salvaros. Dentro de dos días estareis libre.

—¿Podré pues disculparme de los cargos que me hagan?

—No, pero podreis huir.

—Huir!

—Será por la primera vez, pero es preciso. Si no huís morireis en la Bastilla. El rey está furioso.

—No se huye de la Bastilla.

—Algunas veces sí. Silencio!

Y como se acercara el soldado, Amapola calló.

Despues del paseo y en el momento en que Flor-de-Mayo entraba en la estancia que le servia de prision, Amapola le dijo al oído:

— El gobernador de la Bastilla dá mañana un baile al cual sereis invitado; asistid á él.

Y Amapola desapareció, cerrándose de nuevo la puerta del calabozo.

Flor-de-Mayo pasó la noche en extremo agitado; pero su corazón había vuelto á recobrar la esperanza. La idea de huir le repugnaba, y sin embargo, si despreciaba este medio de salvación, estaba condenado á morir en la Bastilla, en este terrible lugar donde el preso perdía hasta su nombre, y quedaba tan fácilmente olvidado.

El día siguiente á eso de las ocho, fueron á buscarle de parte del gobernador.

Flor-de-Mayo se estremeció. Esperaba todavía su gracia.

El gobernador era un anciano llamado M. de Launay como el último gobernador que hubo en la Bastilla de quien fué tatarabuelo, pues durante dos siglos el mando de aquel lúgubre sitio debía ser hereditario en la misma familia.

M. de Launay era un hombre cortés, sobrio en palabras, insensible y de maneras distinguidas. Era un cerrojo con casaca bordada, un carcelero gran señor, un candado vestido de hombre.

—Caballero, dijo á Flor-de-Mayo, ¿sois el señor de Chastenay?

—Sí, señor.

—¿Desde cuando os hallais en la Bastilla?

—Hace diez y ocho días.

—¡Ah! hizo el gobernador con indiferencia.

Y continuó mirando á Flor-de-Mayo:

—Sois jóven, dijo, y no me admira que las hermosas se prendan de vos.

Flor-de-Mayo se estremeció.

—Caballero, continuó M. de Launay con el mismo tono ligero que hubiera empleado para hablar de la lluvia y el buen tiempo, quizá extrañéis que no quiera preguntaros por qué estais aquí. Se me trae un prisionero con una real orden, le hago inscribir en el registro, y todo queda concluido. Lo demás no me atañe. Tengo aquí trescientos nobles, de los cuales sé apenas el nombre, y ayer ignoraba aun el vuestro.

Flor-de-Mayo miró á su vez al gobernador no sabiendo á dónde quería ir á parar.

—Por consiguiente, no os hagais ilusiones, caballero; si os he hecho llamar no ha sido ciertamente para devolveros la libertad. Aquí se sabe cuando se entra, pero nó cuando se saldrá. La Bastilla es una tumba.

Flor-de-Mayo tembló.

—Pero, añadió M. de Launay, anteayer empené imprudentemente mi palabra con motivo de una partida de biribis, y me encuentro comprometido.

El gobernador continuó, mirando fijamente á Flor-de-Mayo.

—Anteayer jugaba en casa de la marquesa de Prés-Gilbert, mi anciana amiga, y jugaba fuerte; naturalmente pierdo siempre. Mi bolsa estaba vacía. «Marquesa, dije á Mme. de Prés-Gilbert, prestadme cien luises.—Imposible, contestóme, os arruináis, y cierro mi casa á aquel de mis convidados que os preste una pistola.» La marquesa es testaruda. Tomé pues mi baston y mi sombrero, é iba á retirarme malhumorado, cuando la canonesa de Mailly, sobrina de la marquesa, y que llevaba el juego, me dijo al oído:

—Escuchadme, conde...

—¿Qué deseais, hermosa dama?

—Os prestaré cien luises con la sola garantía de vuestra palabra; mi tia no puede cerrarme la puerta, puesto que vivo en su casa.

—Vamos pues, le dije, barajad.

—¡Oh! ¡oh! hizo ella, hay una condicion!

—Diab! ¿cuál es?

—Os la diré mas tarde, despues de la partida; ¿acceptais?

—Pero...

—Basta de peros, decid sí ó nó.

—Sea, acepto.

—¿Bajo vuestra palabra?

—A fe mia!—Caballero, interrumpió el gobernador, se empezaba otra partida y estaba casi fuera de mí; había perdido tanto! Olvidé pues que era gobernador de la Bastilla y empené imprudentemente mi palabra.

Se barajó, la canonesa volvió los naipes, y yo gané los cien luises.

—Ahora, me dijo, hé aquí mi condicion. Y conduciéndome á un extremo de la sala añadió:

—¿Pasado mañana dais un baile?

—Del cual sereis el mas bello adorno, contesté con galantería.

—Pues bien, prosiguió, es preciso que me deis una pareja, una pareja de mi eleccion, que sabe el minué á las mil maravillas.

—Decidme su nombre, y le invitaré.

—Es el caballero de Chastenay.

—¿En dónde vive?

—En vuestra casa, caballero, está en la Bastilla.

—¡Ah! diablo! exclamé, es imposible!

—Tengo vuestra palabra, conde.

—Pero si se escapa durante el baile?

—Pedidle su palabra de honor de que á las tres de la mañana volverá á entrar en su calabozo. Os la dará. Es noble y la cumplirá.

El corazón de Flor-de-Mayo latía apresuradamente mientras le hablaba el gobernador; nuestro héroe olvidó otra vez á Coronilla para pensar con delicia en la encantadora señorita de Mailly.

—Ya lo veis, caballero, concluyó M. de Launay, aquí me teneis á vuestra discrecion. Voy á hacer por vos una cosa inusitada, y si no me dais vuestra palabra de que no procurareis huir, pues mis habitaciones no son un calabozo, os haré seguir por un soldado que os levantará la tapa de los sesos á la primera tentativa de evasion.

—Tranquilizaos, caballero, contestó Flor-de-Mayo, os doy mi palabra de honor de que á las tres de la madrugada entraré en mi prision...

Y Flor-de-Mayo se despidió del gobernador, volviendo á su calabozo.

Esperaba ver á Amapola á las ocho, pero su esperanza quedó burlada. Dos soldados desconocidos fueron á buscarle para su paseo habitual.

A las nueve se presentó el ayuda de cámara del gobernador con un lio debajo del brazo.

El lio contenía sus vestidos de gala que la canonesa había enviado á buscar al palacio de Mailly y que se los mandaba.

Los vestidos fueron registrados minuciosamente; se habían examinado las costuras para asegurarse de que no ocultaban ni lima, ni cuchillo, ni instrumento alguno que pudiese facilitar una evasion, despues de lo cual el gobernador se los envió á Flor-de-Mayo por su ayuda de cámara.

El caballero se vistió con esmero, hizose peinar y rizar por el criado, y su corazón latía rápidamente á la idea de que iba á ver á su amada. Otra vez la imágen de Coronilla se medio borró del enamorado corazón de Flor-de-Mayo.

—Ahora, dijo el criado cuando hubo concluido el tocado, si el caballero quiere seguirme le conduciré al baile.

Por un exceso de atencion y delicadeza, el gobernador había mandado devolver la espada á Flor-de-Mayo; un hidalgo no podia presentarse decentemente en público sin ella.

Flor-de-Mayo salió de su calabozo cuya puerta quedó abierta.

El criado le condujo, á través de un sin fin de corredores, hasta las habitaciones del gobernador, llenas ya de una multitud risueña y elegante.

Nuestro héroe había asistido en Blois y en sus alrededores á muchas fiestas, pero ninguna le pareció tan espléndida como la de M. de Launay.

Desde que este caballero daba bailes, no había otros tan concurridos en todo París. Ir á la Bastilla... para bailar, era un placer de que quería gozar todo el mundo. La corte y la ciudad, los caballeros mas elegantes y las mas bellas damas, se apiñaban á porfia en dos salones profusamente iluminados, y decorados con la pompa algo pesada al par que majestuosa de la época.

Flor-de-Mayo se detuvo deslumbrado en el umbral; luego creyó despertar de un sueño... pareciéndole que la Bastilla y su negro calabozo eran una vision, una pesadilla de las cuales se había librado por fin.

Viendo á M. de Launay dirigióse á él para saludarle, mientras buscaba con la vista á la

reina del baile, á aquella por quien había ido y que aun no había llegado.

M. de Launay, cuando no ejercia sus terribles funciones, era un caballero perfecto. Acogió con una agradable sonrisa á Flor-de-Mayo, y cogiéndole por el brazo, le presentó sucesivamente á varias damas, sin pronunciar una palabra que pudiera dar á conocer que el jóven era su prisionero.

—Caballero, le dijo quedito, Mme. de Prés-Gilbert y su sobrina no han llegado aun, pero vendrán; hace una hora que he recibido un billete de la canonesa.

—¡Ah! dijo Flor-de-Mayo estremeciéndose.

—La canonesa me escribe que su tia ignora vuestra estancia en la Bastilla; así pues no pronuncieis una palabra que pueda hacérselo sospechar.

—Estad tranquilo, caballero, contestó Flor-de-Mayo.

—Yo mismo, añadió cortesmente el gobernador, lo he olvidado y no lo recordaré hasta mañana; por consiguiente sois libre hasta las tres; divertíos, bailad, obsequiad á las damas, y no penseis en mañana, si la hora presente os parece hermosa y agradable.

Flor-de-Mayo se inclinó.

En este momento la puerta del primer salon fué abierta de par en par, y un ujier anunció:

—Mme. la marquesa de Prés-Gilbert y Mlle. la canonesa de Mailly.

Flor-de-Mayo palideció súbitamente, y toda su sangre aluyó á su corazón.

(Se continuará.)

EL SABOYANO Y SU PROTECTORA,

POR M. A. DE LAVOPIERRE.

Era el mes de diciembre, hacia un frio intenso, la noche era oscura, y la nieve, como un plumon de paloma, caía lentamente sobre el empedrado de las calles y extendía sus brillantes copos sobre los árboles, los tejados y los edificios públicos, dibujando sus chapiteles, arcos y columnas.

Las nueve daban en el reloj de la iglesia de San German de los Prados, y los palacios del arrabal de San German se iluminaban ya para los bailes, conciertos y reuniones brillantes donde los últimos vástagos de los Montmorency y los Crillon se encuentran con los primeros herederos de la gloria de Montenotte y los laureles de Marengo.

Una jóven, pobre y diligente trabajadora, cruzaba entonces la plaza que las discordias civiles bautizan y vuelven á bautizar cada diez años; plaza, ya de la Nacion, ya de la Cámara de los Representantes, ya del Cuerpo Legislativo, ya del Palacio de Borbon; y adoptaremos este nombre por ser el mas antiguo.

La jóven atravesaba pues esta plaza, acelerando el paso para llegar mas pronto á la modesta guardilla á donde iba á reparar sus fuerzas con el sueño, el plácido amigo de la juventud laboriosa, de la castidad sin combates y de la indigencia sin deseos.

De pronto oyó gemidos ahogados, sollozos, lágrimas... Se paró, prestó el oído, y cayeron sobre su corazón estas palabras articuladas por una boca infantil: *Madre mia, pobre madre mia, ¿por qué me separé de ti?*

La jóven se olvidó del frio y de la nieve que en torno de ella centelleaba y no la hizo estremecer el viento glacial que agitaba sus hermosos cabellos negros y desarreglaba la simetria de sus trenzas, virginal adorno de su lindo rostro; corrió, voló hácia aquella voz de un desgraciado, y guiada por su compasion mas bien que por su oído, halló por fin acurrucado en el pórtico del Cuerpo Legislativo un débil niño, uno de esos útiles aventureros de la limosna y del dolor que la Saboya nos envia todos los años, así como los montes de Sicilia nos envian por la primavera las golondrinas. Pero estas traen consigo el sol y la libertad, y los saboyanos por el contrario nos presagian las escarchas y llevan con el instrumento que les gana la subsistencia la d

plorable miseria que les granjea la compasión.

—¿Qué tienes, pobre niño? dijo la jóven con voz tierna y sonora como la de una maga benéfica é inclinándose graciosamente hácia el desgraciado.

—Tengo hambre y sed, hermosa señorita, respondió el muchacho en ese dialecto que parece inventado expresamente para triunfar del egoísmo de los malos y conmover la sensibilidad de los buenos.

—¡Tienes hambre y sed! dijo la jóven mirando en torno suyo para ver si pasaba algun ser compasivo. Pero la plaza y las calles inmediatas estaban desiertas, y en el suntuoso barrio donde no se conocen las tiendas, solo se distinguan puertas cocheras... cerradas como tal vez el corazon de los que allí vivian.

La bondadosa jóven se hallaba en la mayor incertidumbre, cuando se abrió de pronto con estruendo una de las puertas cocheras de la calle, y salió un veloz y brillante coche cuyas bruñidas ruedas hicieron gemir la nieve, pudiéndose oír las carcajadas que resonaban dentro del carruaje cuyos felices dueños se burlaban al parecer del frio en sus abrigos de raso y terciopelo.

Aquella alegría aristocrática llenó de angustia el corazon de la trabajadora. ¡Qué felices son con su riqueza, pensó, mientras este pobre niño se está muriendo de frio y de hambre á su puerta! Dios mio, ¿por qué dais tanto á unos y á otros tan poco... y á veces nada?

La pobre jóven ignoraba que las desigualdades sociales son obra de la civilizacion, y que sin esos contrastes espantosos que hacen gemir al filósofo y al cristiano, no habria industria, comercio ni bellas artes. Pero una jóven y cándida niña no está obligada á saber tanto como un miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas, y por otra parte, tal vez seria posible suprimir la miseria admitiendo la pobreza, porque media un abismo entre estas dos situaciones. La mendicidad secular de los niños que los montes de Saboya nos envian es ciertamente interesante y digna de apoyo; pero ¡cuántos franceses de tierna edad mueren estoicamente de frio y de hambre en nuestros arrabales porque tienen sobrado orgullo para pedir limosna!

—Ven conmigo, dijo la jóven súbitamente inspirada por el ángel de la beneficencia; ven conmigo, pobre niño, y partiré contigo mi cena y te calentarás en mi pobre chimenea; ven, hijo mio, ven.

Y sin esperar la respuesta del saboyano, le tomó de la mano y llevó á su protegido á la guardilla que habitaba en la calle de Beaume. Pero la casa tenia por portero un argos inexorable, y como las mujeres son siempre ingeniosas para amar y socorrer, María,—este era el nombre de la jóven,—consiguió hacer subir hasta su humilde morada al pobre saboyano, valiéndose de una astucia digna de las estratagemas de Polibio. La ascension era mas difícil en cuanto la habitacion estaba debajo del tejado y subian á tientas. No obstante, la jóven y el niño llegaron sin ser vistos ni oídos.

Apenas entró María en su celda cuyos muebles se reducian á una cama algo dura, dos sillas, una cómoda de nogal y una mesita coja, se dió prisa á encender fuego, y algunos tizonas que la económica obrera habia reservado para las noches de frio mas riguroso sirvieron para preparar la cena y calentar los miembros transidos del niño.

María examinó durante estos preparativos á su huésped, y vió con satisfaccion que á pesar de su miserable exterior tenia una fisonomia franca y noble.

—¿Cómo te llamas? le preguntó.

—Pedro, señorita, respondió el niño.

—Pues bien, Pedro, ten ánimo, añadió María, pues no solo vas á cenar conmigo, sino que tambien voy á hacerte una cama al lado de la mia. Esta noche al menos dormirás tranquilo.

Mientras le hablaba María, puso la mesa, extendió un blanco mantel, y colocó encima un plato lleno de sopa y otro con algunos restos de salchicheria, alimento desgraciadamente habitual á la clase obrera de las ciudades populosas donde la avara industria no

deja al jornalero mas que las horas materialmente necesarias para el sueño.

—Vamos, Pedro, siéntate y cena, dijo la jóven acercando una silla á la mesa.

El muchacho se levantó y se sentó á la mesa, pero á pesar del apetitoso aroma de la sopa que María le habia servido, no comia, y por el contrario, con una mano se enjugaba las lágrimas que surcaban sus mejillas y con la otra parecia sostener algun objeto bajo su chaqueta de recio paño. María apartó de él la mirada creyendo que la timidez era lo único que le impedia comer; pero al ver que insistia en seguir inmóvil, le miró con rostro severo y le preguntó si estaba arrepentido de haberla seguido.

El niño entreabrió temblando su chaqueta, y María vió estupefacta en una especie de sacco que el saboyano llevaba colgado del cuello la animada cabeza de una marmota que, con el contacto de la luz y hambrienta sin duda como su dueño, saltó sobre la mesa y se puso á devorar la sopa que Pedro empezó á comer tambien partiéndola con el animal como buen amigo.

María no pudo contener sus lágrimas al pensar que el pobre niño, á pesar de su voraz apetito, no queria comer sin que su marmota, que le ganaba el pan de cada día, participase tambien del inesperado banquete.

—Has hecho mal, le dijo María, en no haber dado de comer antes al pobre animal.

Y abrazó al niño en la frente sonriendo, pero Pedro comia con tal abinco que ni siquiera pensó en contestar. María estaba extasiada ante a piel interesante cuadro y se olvidó de cenar; la alegría del corazon impone silencio al estómago.

Cuando la marmota se hartó y volvió al sacco, y Pedro como ella volvió á calentarse á la chimenea, María preguntó al saboyano si estaba contento de haber cenado y de calentarse.

—¡Oh! sí, dijo, pero siento que Juan no sea tan feliz como yo.

—¿Y quién es Juan? preguntó María.

—Es mi compañero, señorita. Nos hemos separado esta mañana, como hacemos todos los días, dándonos cita para mañana al amanecer en una plaza.

—¿Cómo se llama esa plaza?

—No lo sé, pero creo que mañana la hallaré. Las casas son tan altas en París que se hace de noche mas pronto que en el campo, y por esta razon no he podido ir al paraje donde me esperaba Juan. ¿Cómo quereis que esté alegre á pesar de vuestras bondades si no sé si Juan ha cenado?

Y el saboyano prorumpió en nuevo y copioso llanto. María se esforzó en tranquilizarle diciéndole que indudablemente Juan habria cenado tambien, porque en París, añadió la jóven, hay muchas personas buenas y caritativas.

—Demasiado lo sé, respondió Pedro dirigiéndola una mirada de sincera gratitud.

—Y además, continuó María, una noche se pasa pronto y mañana hallarás á tu compañero.

Estas palabras calmaron la inquietud de Pedro. María, ya para satisfacer su curiosidad, ya para dar otra direccion á los pensamientos del saboyano, le preguntó porque se habia separado de sus padres en tan tierna edad.

—Para hacer fortuna, respondió con sencillez, para ganar dinero con que socorrer á mi madre que me espera.

—¿No volverás pues á su lado hasta que seas rico? preguntó María.

—Sí, respondió Pedro, pero quiero reunir antes diez escudos al menos; entonces ya no volveré á separarme de ella jamás.

—¿Lloró mucho cuando te despedistes de ella?

—No me despedí, respondió el niño con vehemencia, porque no me hubiera dejado partir. La pobre dormia... la besé con cuidado llorando... y partí.

—¿Solo?

—No, señorita, con Juan y Andrés nuestro vecino que es mayor y mas robusto que nosotros. Y por eso nos pegaba á Juan y á mí para quitarnos el dinero que recogiamos para

nuestras madres. Finalmente, un dia que nos maltrató con crueldad, Juan y yo nos separamos de él antes que se despertase.

—¿Y cómo lo hicisteis, pobres niños? dijo María á quien interesaba cada vez mas tan sencilla historia.

—Contamos al pastor de la casa de campo donde nos habian hospedado que Andrés nos maltrataba, y le suplicamos que dijera á Andrés que habiamos salido muy temprano tomando el camino de Lyon.

—¿Y despues?

—En vez de partir, nos ocultamos en un bosque, y pocas horas despues vimos al infame Andrés que corria en nuestro persegimiento por el camino que le habia indicado el pastor. Desde entonces no le hemos vuelto á ver.

—¿Y ha tenido vuestra madre noticia de vosotros desde que os separasteis de ella?

Al oír esta pregunta el rostro de Pedro brilló de alegría.

—¡Oh! sí, sí exclamó, le he enviado ya veinte sueldos con Francisco que ha vuelto al país.

—¿Es decir que Francisco ha hecho ya fortuna? dijo María sonriendo.

—Sí señora, pero él tenia un mono y un organillo, y yo no tengo mas que una marmota; me costará á mí mas tiempo, pero tambien la haré.

—Una fortuna de diez escudos! pensó María, y continuó en seguida: Sí, Pedro, la harás tambien, porque tu corazon y tu cariño hácia tu madre te acarrearán la felicidad; tu probidad y tu laboriosidad harán lo demás, y Dios te bendecirá!

—¿Y á Juan tambien?

—Sí, Juan y tú sereis benditos, porque la Providencia no abandona nunca á los que depositan en ella su confianza! Buen ejemplo has tenido esta noche, Pedro; invocabas á Dios, y Dios ha permitido que te diese un asilo una persona que no es mucho mas rica que tú.

Pedro no respondió, pero tomó temblando la mano de su bienhechora que estrechó con vivacidad respetuosa.

—Pero bastante hemos hablado, Pedro, y es preciso que uno y otro pensemos en descansar para volver al trabajo mañana.

La cama de María se componia de un colchon y un jergon. Sacó el colchon é improvisó para su huésped una cama.

—El infeliz duerme todas las noches en la paja, pensó María, y bien puedo hacerlo yo una noche para socorrer un desgraciado.

María se retiró castamente detrás de una cortina para dar tiempo á que su huésped se acostase y durmiese.

Pedro se acostó, sin descuidarse de poner á su lado debajo de la manta á su querida marmota; y un cuarto de hora despues, el niño dormia profundamente con el sueño tranquilo que Dios dá á los pobres y á los niños.

María se durmió tambien pacíficamente con la felicidad que ensancha el corazon despues de una buena accion.

Pedro estaba ya en pié cuando la aurora empezaba á dorar los tejados cubiertos de nieve y París palpitaba apenas bajo su vasto manto de escarcha. María, despues de haberle dado un abundante almuerzo, le acompañó, siguiendo las pintorescas y vagas indicaciones del saboyano, hasta la plaza del Carrousel, y apenas llegaron á la ancha plaza, Pedro lanzó un grito de alegría y enseñó con la mano á la jóven un niño que salia de las desigualdades de una de esas vetustas casuchas que afean aun en el dia la plaza del Carrousel.

—Allí está Juan! allí está Juan! exclamó Pedro corriendo al encuentro de su compañero.

María vió desde luego á los dos niños abrazarse y dar principio verosimilmente á la relacion de su odisea del día anterior.

Como estaba terminada la mision de la jóven, Pedro le dijo al separarse de ella:

—Dios os pague, señorita, todo el bien que me habeis hecho!

Y este voto de la inocencia y de la pobreza resonaba deliciosamente en el corazon de Ma-



Ven conmigo, pobre niño, y par iré contigo mi cena. (Pág. 263, col. 1).

ría que volvió alegremente á su trabajo dirigiendo á Dios esta breve oracion:

— Dios mío, os doy gracias por no haber olvidado vuestros preceptos!...

Creemos sin vacilar que la jóven de 1848 es en el día una madre cariñosa, una amiga fiel y una mujer perfecta.

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion.)

401. ¿Por qué estas cubiertas se llenan con frecuencia de rocío por su parte exterior?

Porque radian el calor por ambas superficies. Un pedazo de cristal puesto horizontalmente sobre la tierra radiaría el calor hácia arriba y hácia abajo. Pero en su parte inferior recibiría el calor radiado de la tierra, mientras que por su superficie superior expelería su propio calor y se quedaría frío. Hé aquí porque el rocío se fija en la superficie superior y no en la inferior.

402. ¿Por qué el rocío se fija en la superficie superior de las hojas?

Porque la inferior recibe el calor radiado por la tierra.

403. ¿Por qué las tierras cultivadas están mas expuestas á grandes rocíos que las incultas?

Porque el cultivo, rompiendo la superficie dura de la tierra, aumenta su fuerza radiadora.

404. ¿Por qué los caminos enarenados de un prado están comparativamente secos mientras que la yerba está empapada de rocío?

Porque el cascajo es un mal radiador mientras que la yerba es un radiador excelente.

405. ¿Qué beneficio resulta de esta disposición?

En las tierras cultivadas, que requieren humedad, esta necesidad llama el rocío, mientras que en los terrenos pedregosos y áridos

en los cuales no produciría ningun bien no se forma rocío.

406. ¿Por qué se forma poco rocío en la base de los setos y muros, y al rededor del tronco de los árboles?

Porque estos cuerpos, hasta cierto punto, contrarian la radiacion del calor de la tierra, radiando el calor de su propia sustancia.

407. ¿Por qué los grandes rocíos y neblinas ocurren comunmente en una misma mañana?

Porque ambas cosas proceden de la humedad de la atmósfera. La temperatura de la tierra, habiendo declinado, permite que se deposite el rocío; pero al mismo tiempo la condensacion del vapor en el aire ha formado una corteza sobre la superficie de la tierra que ha cortado la radiacion del calor, y por consiguiente la formacion del rocío. El sol se levanta sobre una atmósfera cargada de un vapor visible sobre la superficie de la tierra, y como sus primeros rayos oblicuos tienen poca fuerza para calentar la atmósfera, la niebla continúa siendo visible por algun tiempo.

408. ¿Qué efecto ejercen los vientos sobre la formacion del rocío?

Generalmente cuando son rápidos, evitan su formacion. Pero los vientos que son húmedos y contribuyen á la formacion de las nubes, ayudan indirectamente á la formacion del rocío con la de las nubes, y tambien con la humedad que comunican al aire.

409. ¿Por qué la humedad de la atmósfera forma unas veces nubes y otras nieblas, neblinas, rocío, etc.?

Este resultado depende de la variacion de la temperatura, del movimiento y de la direccion de la atmósfera.

Una atmósfera ligeramente calentada, de algunos dias de duracion, eleva los vapores á la region donde se convierten en nubes.

Un aire frío, sobre la superficie de una tierra caliente, produce neblinas ó nieblas.

Una tierra fría, obrando sobre los vapores

contenidos en una atmósfera mas caliente, los condensa convirtiéndolos en rocío.

410. ¿Por qué las mananas de helada son casi siempre despejadas?

Porque en la fría atmósfera que precede á la helada hay muy pocas evaporaciones, y cuando la helada se ha verificado, los vapores que existian se han helado bajo la forma de escarcha.

411. ¿Por qué las noches despejadas son comunmente frias?

Porque no existiendo la «pantalla» formada por las nubes, se escapa el calor de la tierra mientras que los vapores del aire son separados de él por condensacion para convertirse en rocío; esto es lo que dá una gran claridad á las noches.

412. ¿Por qué las escarchas blancas, como se las llama, son tan frecuentes, y tan raras las «escarchas negras?»

Porque las escarchas blancas resultan de la frialdad de la tierra, que, á causa de su gran fuerza de radiacion, varía constantemente. Pero las escarchas negras son el resultado de la frialdad del aire que está menos expuesto á los cambios de temperatura que la tierra.

413. ¿Qué es escarcha negra?

La escarcha negra es la que resulta de la frialdad de la atmósfera, que está entonces sombreada por una nube parduzca que comunica un color sombrío á todos los objetos y un aspecto aplomado á la helada superficie del agua.

414. ¿Por qué se dice que las escarchas negras son duraderas?

Porque como resultan de la temperatura del aire, que tiene menos probabilidades de variar que la de la tierra, es presumible que su frialdad durará algun tiempo.

(Se continuará.)

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.